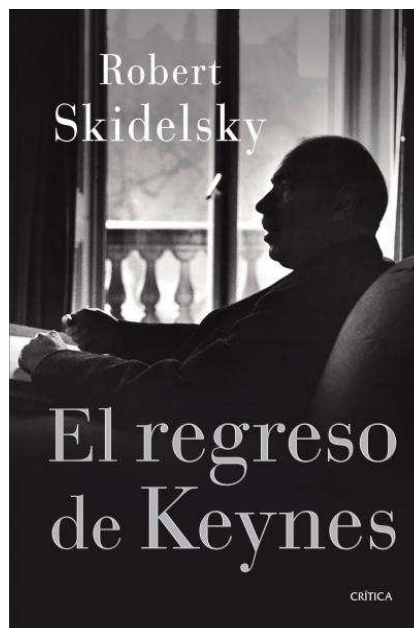


El regreso de Keynes

Robert Skidelsky, Barcelona, Crítica, 2009

Uno de los principales expertos en Keynes, Robert Skidelsky, catedrático emérito de Economía Política de la Universidad de Warwick, miembro de la Cámara de los Lores y par vitalicio, no ha podido resistirse a sus 71 años al deseo de escribir una brillante obra sobre la crisis económica actual en la que, además, reivindica el legado del que ha sido el mayor economista del siglo XX, John Maynard Keynes. Y lo ha hecho con una frescura y un espíritu crítico envidiables que ya quisieran para sí muchos de nuestros encumbrados economistas oficiales a los que sorprendió una crisis que no fueron capaces de prever.



El profesor Skidelsky cree que la crisis de 2007-2008 demuestra que el verdadero origen de la misma se encuentra en un fallo intelectual, en un sistema de ideas sobre la economía completamente erróneo, en una concepción falaz de los asuntos económicos; en definitiva, en el fracaso de la profesión de economista dominada por unos paradigmas irreales, monetarismo y nekeynesianismo, que han sostenido y alentado un sistema económico inviable y que han desautorizado a la mayoría de los economistas como teóricos y estudiosos creíbles. Todo lo demás ocurrió después y vino por añadidura: la existencia de banqueros codiciosos, los fallos de las agencias de calificación crediticia (Fitch Ratings, Moody's Investor Services, Standard and Poor), los errores de los Bancos centrales (muy especialmente de la Reserva Federal), la existencia de instrumentos financieros como los fondos de cobertura (*hedge funds*) que, como eficaces catalizadores, aceleraron la crisis, los reguladores incompetentes y los gobiernos que permitieron durante muchos años que este tinglado no dejara de crecer hasta que se vino abajo en unas pocas semanas. En resumen, y en este orden, una concepción teórica de la economía absolutamente disparatada, la desregulación y la avaricia desmedida dieron como resultado la mayor crisis económica desde la Gran Depresión de 1929.

El desarrollo de la crisis económica mundial que estalló en 2007 es ya suficientemente conocido. Entre 1997 y 2006 se produjo en los EEUU y en Gran Bretaña una gran burbuja inmobiliaria que se extendió a otros países, alimentando el empleo y la demanda general de una manera muy peligrosa por su artificialidad. Al calor de lo que se consideraba una imparable carrera al alza de los precios de las viviendas, los bancos comenzaron a conceder hipotecas *sub-prime* sobre el supuesto de que la morosidad futura iba a ser insignificante. Esos créditos, a través de la titulización, se esparcieron por el sistema bancario mundial empujados por calificaciones erróneas proporcionadas por las agencias de calificación crediticia hasta entonces más reputadas. Una vez que las hipotecas basura fueron diseminadas por todo el sistema financiero el precio de la vivienda, fatalmente, comenzó a caer. En consecuencia, en mayor o menor medida los principales bancos mundiales acabaron contaminados por la gangrena de los activos tóxicos. Los bancos comenzaron a mostrar balances muy deteriorados al haber asumido unos riesgos desmedidos sustentados en previsiones que comenzaban a demostrarse falsas. Inmediatamente después, en el segundo semestre de 2007, los principales bancos mundiales comenzaron a tener problemas gravísimos de liquidez que empujaron a los gobiernos a inyectar fondos públicos para evitar un más que posible colapso del sistema financiero mundial. A la vez

que algunos bancos y aseguradoras hipotecarias muy importantes se nacionalizaban para evitar su hundimiento, se descubrían estafas de tipo piramidal (caso Madoff) que habían sido alentadas por un entorno de falta de vigilancia institucional y de codicia sin freno. A esas alturas de la crisis el ambiente de incertidumbre y de desconfianza era ya irrespirable, por lo que se paralizó el crédito entre bancos y entre éstos y los particulares. Justo a partir de ese momento la crisis financiera pasó a ser también una crisis de la economía productiva. Cayeron los precios de las materias primas dado que las previsiones futuras de crecimiento mundial se habían esfumado. Esto afectó a los países exportadores de fuentes de energía, minerales y alimentos que, en principio, no estaban expuestos a la crisis financiera. A la vez, se hundieron las bolsas y, finalmente, las empresas se encontraron con una demanda mucho más baja, con unos stocks sobrantes que no podían financiar y con el crédito congelado, por lo que optaron por reducir costes despidiendo trabajadores, con lo cual la demanda general sufrió un nuevo golpe a la baja. El desenlace de este proceso destructivo es suficientemente claro: a finales de 2008 el PIB real en las economías desarrolladas cayó un 7'5% y un 4% en las economías emergentes, a la vez que el paro se disparaba alcanzando en algunos países niveles de emergencia nacional y los desahucios comenzaban a ser escenas cotidianas en las grandes capitales del mundo. En muy pocos meses, como si la economía protagonizara un guión de película de catástrofes, se produjo una crisis económica muy profunda y se pusieron del revés los fundamentos intelectuales y prácticos de la economía capitalista.

Según Skidelsky, la crisis de 2007-2008 va a ser en sus consecuencias distinta a la de 1929, que allanó el camino a los fascismos y a una guerra mundial. Hay dos razones que conducen a pensarlo: que tenemos a Keynes y que hay un mayor deseo de cooperación internacional y de intervención de los gobiernos en los asuntos económicos, aunque sólo sea por el recuerdo dejado por la Gran Depresión. A diferencia de lo que ocurrió tras 1929 cuando los gobiernos se mantuvieron de brazos cruzados contemplando cómo se derrumbaba el capitalismo, en la actualidad los gobiernos han acudido rápidamente al rescate bancario y han ejecutado políticas de estímulo económico que van mucho más allá de una inservible política monetaria consistente en la bajada de tipos de interés. Además, para evitar el colapso del sistema económico mundial los gobiernos han aprobado paquetes de estímulos fiscales basados en una mezcla de reducción selectiva de impuestos, gastos en infraestructuras, inversiones públicas, subsidios de paro y prestaciones de carácter social, y ello con cargo a un aumento de la deuda pública comprada por los bancos centrales. Estas medidas están paliando las consecuencias de la actual crisis pero no evitarán que se produzcan otras de igual naturaleza dado que no alteran el fundamento erróneo sobre el que se sostiene actualmente la economía. Desde el punto de vista de Skidelsky, la lectura de Keynes puede ayudarnos a comprender mejor la naturaleza del capitalismo del siglo XXI y a conjurar la posibilidad de sufrir futuras crisis de carácter destructivo.

Keynes no fue sólo un economista y quizá por eso fue un gran economista. Tenía una formación académica muy amplia como estadístico, historiador, sociólogo, politólogo y filósofo, además de contar con una gran experiencia como inversor y como alto funcionario. A su cultura humanística se unía el hecho de que era el producto de una aristocracia del saber cosmopolita y poco dada a los convencionalismos. Estas ventajas, en una mente volcada a pensar con audacia, permitieron desarrollos teóricos de la economía completamente nuevos que, con el paso del tiempo, aún conservan su fuerza y originalidad. Llamen la atención, por tanto, las diferencias entre el perfil intelectual de Keynes y el de los economistas actuales, que tienen una visión descontextualizada y mucho más estrecha de los problemas económicos, lo que les lleva a ser más proclives al error y menos a la rectificación.

Keynes construyó su pensamiento sin romper con la tradición económica de la que era heredero. Discutió las ideas de Adam Smith, J. B. Say y David Ricardo situándose del lado de Malthus. Además, a pesar de que siempre agradeció el magisterio de Alfred Marshall, puso de manifiesto las limitaciones de la síntesis neoclásica para enfrentarse a los retos de la economía de entreguerras.

En contra de los postulados neoclásicos, Keynes suponía que la economía, al igual que el dinero, es un medio y no un fin. Por otra parte, no aceptaba la idea de que el dinero fuese simplemente un instrumento para facilitar el intercambio de bienes y servicios sino que, además, le atribuía un papel esencial como depósito de valor, esto es, como artificio para ligar el presente con el futuro. Además, creía que la causa más frecuente de las crisis procede de la demanda y no de la oferta, que los mercados no tienden a un equilibrio óptimo en el que se utilizan todos los recursos, incluida la fuerza de trabajo, que los supuestos sobre los que se basa la escuela clásica (flexibilidad perfecta de salarios y precios, competencia perfecta, información perfecta, ausencia de deuda contractual equivalente a la ausencia de dinero y existencia del *Homo oeconomicus*) son irreales y que en los asuntos humanos, y la economía lo es, no hay que confundir el riesgo, que resulta un ponderable, con la incertidumbre, que es imponderable y que no se puede someter al cálculo de probabilidades.

Es esta última cuestión, quizá, la que está en la base de la originalidad de Keynes. Según su punto de vista, el pensamiento económico neoclásico no puede abarcar el vacío de la incertidumbre irreductible. En el ámbito de las probabilidades desconocidas, que es el del largo plazo, no rigen ni los modelos ni la econometría. Bien al contrario, en él funcionan otras variables muy escurridizas como la confianza, la propensión psicológica al riesgo o la experiencia acumulada. La conclusión de esta evidencia es manifiesta: la economía no es una ciencia natural sino una ciencia moral y, por lo tanto, no podemos esperar de ella más de lo que nos puede ofrecer.

Las premisas keynesianas, que de un modo u otro dirigieron la economía capitalista desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la década de los setenta en la que se impuso el neoliberalismo, otorgaron estabilidad económica, alto crecimiento, pleno empleo y protección social. Pero en la vida de los hombres y en el devenir social nada es eterno. La estanflación abrió paso al consenso de Washington y el keynesianismo experimentó un agudo retroceso, quedando confinado en pequeños reductos intelectuales.

Con el triunfo del neoliberalismo el objetivo del pleno empleo a través de la dirección de la demanda guiada por los gobiernos nacionales fue sustituido por la estabilidad de precios a través de los tipos de interés dirigidos por los bancos centrales; el ajuste de la balanza de pagos encomendado al FMI a través de tipos de cambios fijos pero ajustables (controles de capital) fue dejado al albur de los tipos de cambio flotantes; la autoridad encargada de la promoción del comercio internacional, el GATT, fue sustituida por la OIC primero y por la OMC después y, finalmente, el desarrollo económico se dejó en manos de préstamos privados y del Banco Mundial.

Como en economía no hay premisas puras que no afecten a la vida de los hombres y a la marcha de las sociedades, las del consenso de Washington han producido un clima de inestabilidad y de crisis desconocido anteriormente, tasas de desempleo mucho más altas que las registradas en las décadas previas, una mayor inestabilidad del crecimiento mundial y de los tipos de cambio, una inflación sólo igual a la experimentada durante el consenso keynesiano, unas diferencias escandalosas entre ricos y pobres y, también, la crisis que ahora padecemos.

Un pobre legado, sin duda, para un paradigma que ha gozado de una posición de monopolio teórico especialmente desde el hundimiento del bloque soviético.

Tras exponer los fundamentos del keynesianismo, Skidelsky se aventura a hacerse una pregunta: ¿qué diría Keynes de la crisis actual? Para empezar, que el sistema financiero se convirtió en el dueño y señor de la producción y que cualquier posibilidad creíble de evitar en el futuro crisis financieras catastróficas pasaría por domesticar las finanzas, limitando sus reivindicaciones y acogiendo con escepticismo las supuestas ventajas de la ingeniería financiera. Esto significaría que es irresponsable dejar que el mercado cree más y mejores mercados de riesgo porque éstos, lejos de controlar el riesgo, lo acrecientan. Dado este orden de cosas, lo más sensato sería reforzar el papel que la política estatal tiene en la reducción de la incertidumbre. Además, habría que aplicar una política fiscal anticíclica para lograr estabilizar la actividad económica en un nivel alto. Pero la crisis actual no es sólo consecuencia de la emancipación de las finanzas con respecto a la actividad productiva, sino que tiene que ver, como en 1929, con la superabundancia de ahorro global, aunque en este caso su fuente principal hayan sido los EEUU. Para evitar situaciones tan comprometidas como la descrita habría que aplicar un enfoque sobre las reservas y los tipos de cambio que aunara dos objetivos: que las reservas de los países actuaran como seguro contra la crisis pero impidiendo la utilización de las monedas nacionales como reservas internacionales. Esta cuestión exigiría un acuerdo entre los EEUU, Europa, Japón y China. Por otra parte, habría que limitar los efectos de la globalización especialmente en dos áreas: la movilidad del capital y el libre comercio ya que, al revés de lo que supone el conocimiento convencional sobre la economía, la globalización dificulta la construcción de sociedades completas y no añade más seguridad política contra la guerra. Esta cuestión llevaría a que la circulación internacional de los capitales tuviera que someterse a regulaciones globales y que el libre comercio se aceptaría sólo en la medida en que no fuese un obstáculo al desarrollo integral de las sociedades.

En resumen, *El regreso de Keynes* es una lectura imprescindible que nos permite entender mejor las raíces de la actual crisis económica y que nos otorga ciertas claves para interpretarla correctamente.

La crisis de 2007-2008 ha dejado al descubierto un gran número de mentiras. Por ejemplo, que el mercado capitalista abandonado a su lógica es virtuoso, o que la intervención pública y los controles sobre la economía van en contra de la prosperidad general.

Las mentiras recientemente desveladas no sólo tienen que ver con el modo en que ha funcionado un sistema capitalista depredador y causante de desigualdades y desgracias sin tasa, sino que ha puesto en evidencia que el paradigma económico dominante en las universidades, institutos de investigación y gobiernos, el neoliberalismo en sus diferentes ramificaciones (monetarismo, nekeynesianismo, síntesis neoclásica, *rational choice* y teoría de la elección pública) es una estafa intelectual de proporciones siderales además de una fuente de legitimación de sinvergüenzas, de agitadores de medio pelo que se visten de periodistas para pasar desapercibidos, de ignorantes siempre dispuestos a subirse al tren del vencedor y de políticos mediocres partidarios de aumentar las diferencias de clase y de ensanchar aún más la brecha entre los ricos y los pobres.

Por desgracia, esta quiebra de la práctica y de la teoría económica no ha producido los efectos deseados: ni los responsables de la mayor crisis desde 1929 han pagado por los excesos cometidos, ni los economistas que han actuado de guía y faro de tanto desaprensivo han presentado excusas y han hecho además de rectificación implorando una larga excedencia no

retribuida para estudiar economía en serio y sin prejuicios. A pesar de todo lo ocurrido, casi todos estos caballeros siguen en sus puestos actuando del mismo modo que antes, como si nada hubiera pasado, demostrando con ello no sólo ceguera sino una manifiesta mala voluntad que va contra el interés general de los ciudadanos.

Resulta escandaloso haber comprobado que los mismos empresarios y banqueros que se enriquecieron de una manera indecente antes de la crisis financiera de 2007 y que, por aquel entonces, defendían el Estado mínimo, una económica desregulada, sin protección social y con bajos salarios, en el momento álgido de la crisis pedían de rodillas a los gobiernos que abrieran un paréntesis en la economía capitalista reclamando que el Estado, con los impuestos que pagan los trabajadores, acudiera a socorrerles. Pero lo que ha sido un auténtico ultraje es que una vez que los gobiernos se lanzaron a salvarles poniendo en sus manos una parte sustancial del presupuesto público, los mismos que unos meses atrás lloraban como plañideras, cuando se sintieron más seguros gracias a las ayudas recibidas, acusaron a los gobiernos de incurrir en déficit, exigiéndoles bajadas de impuestos, menor regulación, que los trabajadores tuvieran salarios más bajos, reducciones de la protección social y contratos peores, esto es, una vuelta a las condiciones que provocaron el desastre del que aún no sabemos cómo salir. ¿Y qué podemos decir de la legión de economistas oficiales que días antes de que estallara la crisis estaban en la inopia, que durante la crisis fueron presa de la mayor de las confusiones y que ahora, tres años después, yerran en sus pronósticos un día sí y otro también porque siguen apegados a inservibles teorías económicas como si aquí no hubiera pasado nada? Para evitar que los futuros economistas vuelvan a hacer el ridículo, Skidelsky propone una reforma de los estudios de economía consistente en ampliar la base de conocimiento humanístico de la carrera de economía y, a la vez, separar los posgrados de microeconomía y macroeconomía. Quizá, de esta manera, se consiga introducir en la academia un nuevo paradigma económico más comprensivo y predictivo que sustituya al modelo dominante de Chicago, Harvard, el MIT y las grandes escuelas de negocios.

En cuanto a la traducción de la obra, a cargo de Jordi Pascual, cabe decir que resulta muy clara siendo de agradecer la precisión con la que utiliza los términos más técnicos de la economía. Verter a otro idioma una obra especializada exige a la vez pericia en la traducción y conocimiento del tema que se tiene entre manos.

Emilio Alvarado Pérez